
GRADO DE PROFESIONALIDAD Y REDUCCIÓN
DE EFECTIVOS
(EL CASO DEL EJÉRCITO DE TIERRA)

Miguel Alonso Baquer

GRADO DE PROFESIONALIDAD Y REDUCCIÓN
DE EFECTIVOS (*)
(EL CASO DEL EJÉRCITO DE TIERRA)

GUION

PRIMERA PARTE

I — EL GRADO DE PROFESIONALIDAD DEL MODELO MEDITERRÁNEO DE FUERZAS ARMADAS

1. — El punto de partida
2. — Dos propuestas originales: francesa e italiana
3. — Las actitudes intelectuales cara a la profesionalidad militar
4. — Breve resumen del panorama sociológico

SEGUNDA PARTE

II — EL VOLUNTARIADO EN EL HORIZONTE DE LA OBLIGATORIEDAD DEL SERVICIO MILITAR

1. — Dos Horizontes: la obligatoriedad y la profesionalidad
2. — Una estrategia en curso para la abolición del servicio militar obligatorio
3. — El límite de elasticidad del voluntariado en España
4. — El voluntariado en el horizonte de la profesionalidad

* Conferência proferida no decurso das IX Jornadas CESEDEN — IDN, que tiveram lugar em Cádiz no período de 9 a 23 de Maio de 1992.

Las reflexiones que se hacen a continuación están ordenadas en dos partes cuya nota común es la consideración de la profesionalidad como una virtud, que se fundamenta en una vocación y en una dedicación, al servicio de la comunidad política a la que cada militar pertenece.

La primera parte difiere de la segunda en su mayor atención a un hecho inexorable, — la reducción de efectivos. Este hecho repercute esencialmente en la proporción de soldados voluntarios y forzosos encuadrados en las filas de los ejércitos de tierra del área nord-mediterránea. La mirada del sociólogo se termina posando en la incidencia de determinadas doctrinas sociales sobre la profesión militar, recusándola o comprendiéndola.

La segunda parte contrasta dos perspectivas u horizontes ya señalados como críticos en la reflexión sobre grados de profesionalidad de militares de carrera y de clases de tropa: el horizonte vigente de la obligatoriedad del servicio y el horizonte incoado de la profesionalidad, llevada a mayores consecuencias de las que ha venido asumiendo el modelo mediterráneo de Fuerzas Armadas para el Ejército de Tierra.

PRIMERA PARTE

I — EL GRADO DE PROFESIONALIDAD DEL MODELO MEDITERRÁNEO DE FUERZAS ARMADAS.

En una primera mirada los dos términos de mi aportación a las IX Jornadas CESEDEN-IDN de Lisboa parecen fáciles de asociar por una sencilla ecuación. Donde hay efectivos numerosos, en relación con el total de población, el grado de profesionalidad de los cuadros de mando y de las clases de tropa se reduce y donde los efectivos son cortos o incluso escasos, respecto a las necesidades de la defensa, el grado de profesionalidad de mandos y de clases de tropa o marinería tiende a elevarse.

Existe la costumbre, sobre todo en Occidente y en brazos de la sociología de cuño positivista, de medir los grados de profesionalidad por los tiempos de duración de los servicios efectivos que se prestan. Y así, se da por sentado que los militares son profesionales cuando dedican muchos años, — de treinta a cuarenta y cinco — a la vida militar. La noción sociológica de *condición* desborda en muchos casos a la de *profesión* y ésta a la de *carrera corta* a su vez, mucho más profesionalizada que la del mero *servicio militar* sea con carácter voluntario o forzoso (cuadro n.º 1).

Desde este supuesto todos los cuadros de mando, — sin olvidar a los cuadros de mando del Ejército suizo — tienen un alto grado de profesionalidad. El mayor de los grados correspondería a los militares «de por vida» del pretérito decimonónico donde al ingreso en una Academia en edad juvenil, — 14 años — seguía el pase a la reserva de los generales o almirantes de alta graduación lo más tarde posible, incluso excepcionalmente, concediéndoseles un empleo vitalicio de Capitán General.

Esta impresión contiene notables márgenes de error. Olvida que la profesionalidad es una virtud, — una virtud más pública que privada. El grado de profesionalidad de cada persona tiene que demostrarse, de hecho, sobre dos variables nada fáciles de sostener, la vocación y la dedicación: Ni la vocación ni la dedicación están garantizadas a lo largo del tiempo para nadie en particular. Solo el renovado esfuerzo por atenerse a los imperativos de la profesionalidad, alcanzado por un número importante de militares, marinos y aviadores, permite deducir que aquel ejército suyo, o aquellas fuerzas armadas, contienen en sus cuadros de mando un alto grado de profesionalidad.

Esta consideración cualitativa — virtuosa en suma —, nos lleva a la conclusión de que no es fácil medir comparativamente grados de profesionalidad entre los ejércitos, las armadas o las fuerzas aéreas de las naciones de una alianza, por ejemplo, de la Alianza Atlántica. Puede haber grupos de militares de carrera que nos muestren antes y mejor la intensidad de su profesionalidad que la extensión temporal de su disponibilidad para el servicio. De aquí nos viene la moderna preocupación por ponerle límites al tiempo de servicio, de los cuadros, ante todo, en los empleos afectos al mando de unidades tácticas. La clave está en la intensidad de la dedicación a lo profesional. Por esta vía se nos ha introducido en la realidad la noción, ya aludida, de *carrera corta*.

Pero todavía no hemos tocado fondo en la reflexión sobre el grado de profesionalidad de las personas aisladas, — nada hemos dicho, todavía sobre el mal llamado «profesionalismo» de los ejércitos, armadas y aviaciones. La profesionalidad de las clases de tropa y marinería, — su especialización para cometidos concretos hasta un notable nivel de competencia — merece una consideración aparte. «Profesionalismo» vendría a ser aquella doctrina que, como todos los «ismos», exegera la profesionalidad hasta exigirla a todos y para siempre, con exclusión de la atención a los márgenes de la profesión, particularmente de aquella zona de la que se ocupan los políticos.

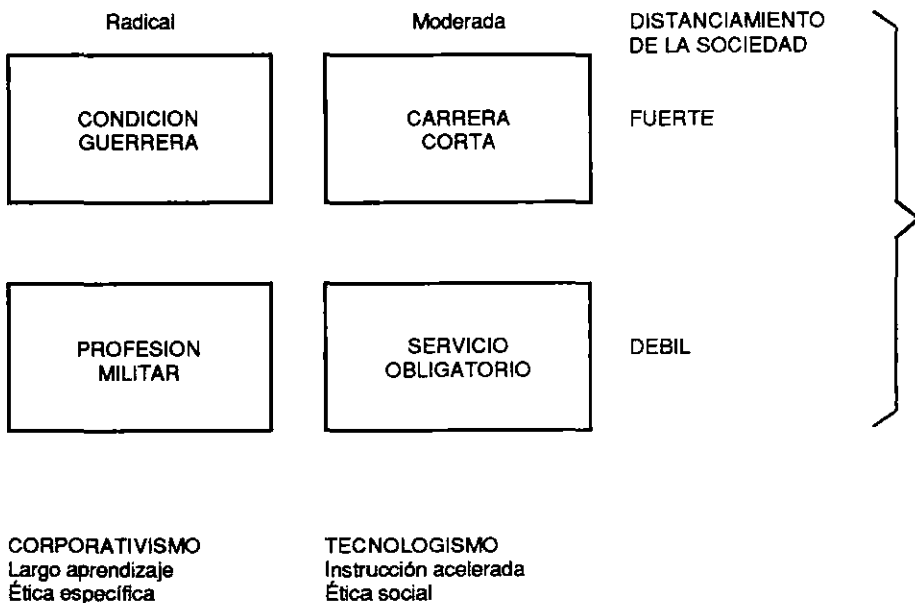
SOCIOLOGIA MILITAR

NIVELES DE DEDICACION PROFESIONAL

A. — Adhesión del hombre al grupo

TIPOLOGIA DEL PROFESIONALISMO

TENDENCIAS



Cuadro n.º 1

Para hablar de las tropas podríamos seguir la misma pauta que respecto a los mandos: oponer la extensión, duración o prolongación de sus servicios frente a la intensidad, cualificación o destreza de sus prestaciones. Pero aquí los tiempos aparecen sensiblemente recortados. La profesionalidad del soldado o marinero, al sumo, puede alargarse desde los tres a los doce años y la preocupación por el futuro de los licenciados alcanza mayor gravedad. El problema es mucho más serio que el de los cuadros de mando. Aquí la moderación de la profesionalidad como virtud del hombre se impone. Hay que prevenir una reconversión, una reinserción, un ajuste a una segunda profesión, de los voluntarios.

Se distinguen, pues, dos ámbitos diferentes para el cultivo de la virtud de la profesionalidad y ambos están en trance de moderación. En el ámbito de los cuadros de mando, se trata de abandonar la pretensión decimonónica que hacía de la *profesión militar* una *condición* y en el ámbito de las clases de tropa y marinería, de introducir en el nivel de la *carrera corta* a una parte de quienes, en el siglo pasado, se sumergían casi absolutamente en el nivel del *servicio militar obligatorio*.

Con todo, en términos sociológicos, cabe encontrar el lazo que une las dos nociones intermedias — profesión militar y carrera corta — y que de ninguna manera conviene a las dos nociones extremas — condición militar y servicio obligatorio. Este lazo común a los militares de carrera y a los profesionales de carrera corta es la voluntariedad. El problema central, aquí y ahora, para la constitución hacia el año 2000 de unas Fuerzas Armadas reducidas, es el voluntariado. Contrariamente, hacia 1950, los problemas eran otros dos: la posible crisis de las vocaciones militares y la posible contestación social — objeción a las leyes de contenido obligatorio sobre el servicio de las armas.

1. — EL PUNTO DE PARTIDA

El punto de partida que considero inevitable es el que se desprende de la situación vivida, precisamente en 1989 — un año crítico para la política de reducción de efectivos — a uno y otro lado del telón de acero. El balance arrojado por las cifras más claramente comparables: el número de habitantes de cada nación de la Alianza Atlántica o del Pacto de Varsovia, el tiempo de servicio de las clases de tropa o marinería establecido en las leyes y el porcentaje de quienes lo hacen con carácter obligatorio, no nos dice todo lo que necesitamos saber, pero nos ayuda a estar orientados.

Nos atenderemos a los datos elaborados con base en «The Military Balance», precisamente para aquel año crítico. Es una fecha todavía dominada por la elevada cuantía de los efectivos que se confiesa tener más o menos oficialmente, que es como trabajan los redactores del Balance Militar.

En Occidente, la República Federal Alemana, Francia, Italia, Reino Unido y Turquía, con algo más de 50 millones de habitantes, disponían de cerca del medio millón de soldados cada una. Tenían más habitantes que los de España, — unos 40 millones — y más soldados que los de España — cerca de 300.000. Dejando fuera del análisis a los Estados Unidos y a la URSS, sólo Polonia en el lado del Pacto de Varsóvia, con cerca de 40 millones de habitantes, se acercaba al medio millón de soldados que en Occidente estaba asimilado a naciones mucho más poderosas. La conclusión es que el Pacto de Varsovia, en líneas generales, tenía más soldados en filas que los que hubieran tenido sus naciones de haber pertenecido a la Alianza Atlántica. Sirva como telón de fondo el esquema cuatripartito de modelos de ejército sobre el que se viene especulando desde hace más de un siglo (cuadro n.º 2).

La diferencia entre los bloques en este punto, sin embargo, no es excesiva, — al margen de todas las demás consideraciones políticas, sociales y económicas. No obstante, se percibe una diferencia mayor haciendo entrar en las cuentas los porcentajes del servicio militar que se realiza con carácter obligatorio, excluyendo naturalmente al Canadá, Reino Unido y los Estados Unidos, occidentales los tres, que lo tienen abolido, tras atenerse al modelo sajón de nuestro anterior esquema cuatripartito.

Mientras la República Federal Alemana alcanzaba a la baja un 45% de recluta forzosa, no demasiado alejado del 51% de Francia, ni Italia, ni Turquía lograban reducir sus notabilísimos 70% y 89% de soldados de leva. En el Pacto de Varsovia la uniformidad era mayor. Iba del 53% de la República Democrática al 77% de Bulgaria para quedarse, mayoritariamente, en algo por debajo de la propia España, (el 74%); Checoslovaquia el 59%, Hungría el 53%, Polonia el 56% y Rumania el 63%, — como Portugal.

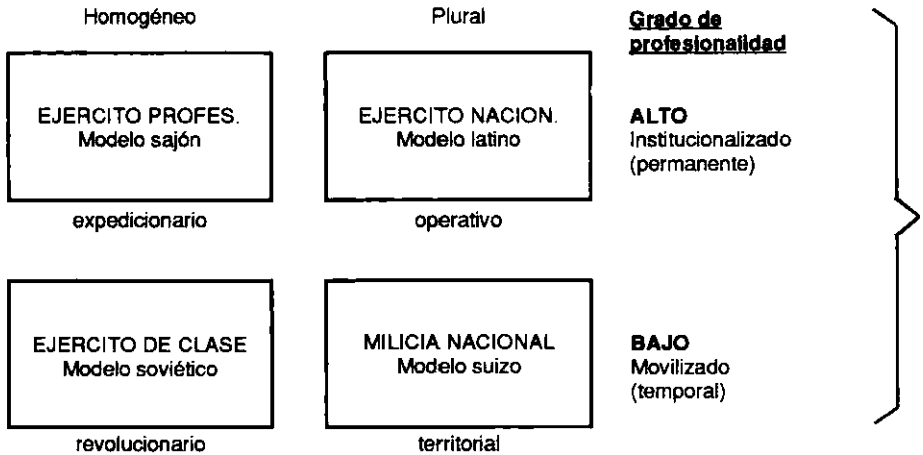
Salta a la vista, — los datos del IISS de Londres son datos confesados por vías muy próximas a los Gobiernos — que el nivel de vida de cada país refleja tendencias a la baja de la recluta con todas las excepciones que se busque reconocer. También influye la condición técnica de cada una de las tres Fuerzas Armadas. Lo vemos mejor al atenernos a las cifras del menos tecnificado de los

SOCIOLOGIA MILITAR

ESTRUTURA DE LA PROFESION MILITAR

Tipología del sistema militar

Origen social del Cuadro de Mandos



Cuadro n.º 2

tres: el de Tierra. Aquí los porcentajes son más parecidos, o similares; están mucho más próximos en nada menos que diez y ocho de las naciones estudiadas de los bloques. Es difícil, — era difícil en 1989 — bajar del 75% las disponibilidades de reclutas forzados para los Ejércitos de Tierra: España con el 78%, Italia con el 81%, Portugal con el 80%, Turquía con el 94%, Bulgaria con el 85%, Polonia con el 77% y la URSS con el 75%, demuestran una realidad social incuestionable: el voluntariado, que se supone cubre el 100% de los puestos de los cuadros de mando en el modelo sajón, en los demás modelos sólo cubre el 20%, más o menos, de las necesidades de tropa. En el momento mismo del triunfo más espectacular de la distensión entre los dos bloques, en dos de los otros modelos, el mediterráneo y el soviético, sigue siendo difícil alterarlo.

Puede decirse que las cosas han cambiado en los tres últimos años y que el sentido del cambio refrenda, obviamente, la primera ecuación ya formulada: a menores efectivos, mayor grado de profesionalidad. Ahora bien, no conviene caer en una consideración ingenua. Estos porcentajes se alteran en plazos increíblemente cortos si se toman al unísono estas dos medias: disminuir el tiempo de servicio en filas de la recluta obligatoria e incrementar la duración del compromiso de la tropa voluntaria. Y se mide el consiguiente efecto sobre la reducción de los efectivos. Diremos por ello que hemos mejorado substancialmente el grado de profesionalidad de los ejércitos?

La respuesta correcta, desde el punto de vista de la eficacia de las armas en términos de acción o disuasión, sólo nos vendría dada si confirmáramos que hay en ciernes un transvase de personas desde la obligatoriedad al voluntariado. Cuantos hombres o mozos que hubieran cumplido un corto servicio militar en un modelo se ofrecen a realizar una carrera corta o, por lo menos, un voluntariado especializado de tres a cuatro años de duración, en otro?. Este y no otro es el problema del voluntariado. La clave sociológica queda circunscrita al hecho de que cada quinta o contingente anual de las respectivas sociedades nacionales ofrezcan o nieguen una cifra mayor de verdaderos voluntarios.

Por ejemplo, habría un verdadero cambio social en la conciencia nacional de la defensa si en España, durante un proceso de unos ocho años de duración, se saltara sucesivamente de la cifra, todavía no alcanzada, de 10.000 voluntarios anuales a la de 20.000 por lo menos, para servir unos 4 años de promedio. En este punto podría hablarse, no de unos ejércitos de 200.000 hombres sino de 120.000 o de menos aún para el año 2000, sin mengua de la capacidad operativa.

2. — DOS PROPUESTAS ORIGINALES: FRANCESA E ITALIANA

Alguna relación guarda el problema del voluntariado, — a mi juicio la pieza maestra de la reforma del modelo de Fuerzas Armadas — con el problema demográfico. Hago esta consideración antes de abordar el contenido de dos propuestas, bastante originales, salidas de las plumas del antiguo Presidente de la Fundación para los Estudios de la Defensa Nacional de Francia, el general Fricaud-Chagnaud y del general Jefe de Estado Mayor del Ejército italiano Goffredo Canino, aparecidas respectivamente en la Revista *Defense Nationale* (n.º 8-9, de 1991) y la *Revista Militare*. Quaderno 1991, ambas traducidas inmediatamente a lengua española.

La demografía en la cuenca mediterránea hace viables en el primer cuarto de siglo del próximo milenio unos incrementos de efectivos militares muy notables en su parte meridional y unos descensos relativos aún más notables, en la parte septentrional donde nos encontramos (Italia, Francia, España y Portugal), si nos atenemos a la disponibilidad de voluntarios, — al recurso humano (cuadro n.º 3).

En síntesis: los 192 millones de euromediterráneos de 1980 se convertirán en poco más de 200 en el año de 2000 y en 217 en el 2025; los asiáticos-mediterráneos saltarán mucho más deprisa desde 60 a 98 millones en el año 2000 y hasta 146 en el 2025 y los afro-mediterráneos, de modo impresionante, irán desde 90 millones a 153 en el año 2000 y hasta 241 millones en el 2025. Concretamente, Italia pasará de ser la más poblada de las naciones mediterráneas a la 6.ª; Francia de la 2.ª a la 5.ª; España de la 5.ª a la 7.ª y Portugal de la 9.ª a la 11.ª. Turquía, Egipto, Argelia y Marruecos ocuparán, por este orden, los cuatro primeros lugares. Pero, — y ésto es decisivo para las disponibilidades de voluntariado —, España, a partir del año 2000, como el resto de Europa Mediterránea, tendrá solo un 20% del total de su población menor de 15 años; Turquía más del 30% y Marruecos se habrá estabilizado momentáneamente en el 40% de su población.

Esta perspectiva demográfica, por lo menos inquietante en términos de estabilidad, parece dominar las dos propuestas citadas de los generales citados, francés e italiano, respectivamente. Se titulan, expresivamente, *Ejército de Mandos*, *Servicio Corto* el del general Fricaud-Chagnaud y *Hombres. Los recursos humanos en el nuevo modelo de defensa*, el del general Canino.

El primer trabajo, muy breve, *Ejército de Mandos, Servicio Corto*, parte del supuesto de la desaparición durante una generación de toda amenaza seria proveiente del Este y ofrece como alternativa una seria preparación de las

POBLACION CUENCA MEDITERRÁNEO

País	Millones de Habitantes en...			
	1950	1980	2000	2025
Portugal	8,4	9,8	11,1	12,2
ESPAÑA	27,8	37,3	43,3	40,3
Francia	41,7	53,5	56,2	57,1
Italia	46,7	56,9	59,1	57,0
.....
Turquía	20,8	45,2	69,9	100,3
.....
Argelia	8,7	18,9	37,0	62,8
Marruecos	8,9	20,2	36,5	59,2
.....
Total Cuenca	220,4	344,3	462,2	605,6
EUROPA	150,2	192,3	209,7	217,6
ASIA	27,4	61,4	98,9	146,9
AFRICA	42,7	90,5	153,6	241,1

Cuadro n.º 3-1

POBLACION ABSOLUTA Y PORCENTAJES. ORDEN DE IMPORTANCIA

Italia
Francia
España
Turquía
Egipto
Yugoslavia
Marruecos
Argelia
Portugal
Grecia

1950		1980		2000		2025	
%	Nº de orden	%	Nº de orden	%	Nº de orden	%	Nº de orden
21,21	①	16,54	1	12,79	3	9,41	⑥
18,93	2	15,94	2	12,17	4	9,43	5
12,64	3	10,85	5	9,38	5	7,98	7
9,44	4	13,14	3	15,14	1	16,57	1
9,28	5	12,19	4	13,94	2	15,67	2
7,71	6	6,48	6	5,54	8	4,34	9
4,06	7	5,89	7	7,79	7	9,79	4
3,97	⑧	5,49	8	8,01	6	10,38	③
3,81	9	2,86	9	2,41	10	2,02	11
3,43	10	2,71	10	2,25	11	1,85	12

Cuadro n.º 3-2

PORCENTAJES DE JOVENES MENORES DE QUINCE AÑOS

EUROPA			
1950	1980	2000	2025
26,4	23,5	19,7	18,4

ASIA			
1950	1980	2000	2025
38,1	39,4	35,4	26,6

AFRICA			
1950	1980	2000	2025
30,8	31,5	29,2	24,1

(ESPAÑA)			
27,1	25,9	21,9	19,8

(TURQUÍA)			
38,3	38,6	33,5	25,9

(MARRUECOS)			
44,4	46,0	40,2	28,3

MEDITERRÁNEO			
30,8	31,5	29,2	24,1

30,8	31,5	29,2	24,1
------	------	------	------

Cuadro n.º 3-3

naciones europeas que les ayude a superar los indeseables efectos de las crisis, — larvadas o agudas — que seguramente expresarán espasmódicamente las rivalidades entre las naciones de su contorno. Estas crisis, — escribe — pueden conducirnos al empleo limitado de unidades armadas dentro o fuera de Europa, en la hipótesis, — dice textualmente — «de un bochornoso abandono por parte de nuestros actuales aliados».

El artículo desborda preocupación por los efectos de los procesos de desarme voluntario y elude pronunciarse por el tema de la profesionalidad, fuera de la incuestionable voluntariedad de los cuadros de mando. Ni que decir tiene que el ejemplo citado, como modélico — la República de Weimar de los años veinte — y la tendencia general del artículo — aislacionista en términos sociales — encontrará una enorme resistencia por parte de cuantos en Francia, Italia, España y Portugal tienen la costumbre de criticar a los ejércitos haciendo correr las cifras acerca de cuantos soldados tocan por cada oficial. En definitiva, el artículo del general Fricaud-Chagnaud vuelve al tema de la movilización, que retóricamente viene acompañando a todas las propuestas de reducción de efectivos, para calmar la inquietud de los mandos profesionales.

Muy diferente es la estructura — y también el sentido — del artículo-estudio del general Goffredo Canino. El general italiano refleja un actitud que me permito calificar de clásica. Es clásica la crítica al pacifismo ambiental, clásica la inquietud por el abandono del dato de la sensibilidad de los hombres, clásica la advertencia de una posible indefensión de las fronteras, clásica la prevención tanto por el giro hacia un ejército «todo profesional» como por el retorno a un «ejército de milicias», etc. En síntesis, el general Canino se resiste a reducciones que nos llevan más allá de un ejército tipo mixto con voluntarios y forzosos, en la mayor parte de las Unidades.

Las citas textuales hablan por sí mismas:

«Muchas solicitudes, teóricas y prácticas, hacia una marcada contracción del Ejército han naufragado con la crisis del Golfo... Los acontecimientos de estos últimos años han puesto de manifiesto la interdependencia de la seguridad internacional.

Las fronteras geográficas se revelan, hoy especialmente, como verdaderas puertas entre mundos diferentes. En Italia, estas puertas van a ser desguarnecidas... Bajo el lema de un modelo de defensa que aún no ha superado la fase de su concepción, ya están en ejecución medidas que reducen a una cuarta parte el Ejército actual y están en marcha otras que, si fueran aprobadas, lo transformarían en una presencia simbólica.

Si sólo el treinta o el cuarenta por ciento de los jóvenes fuese llamado a filas no se podría hablar de un deber constitucional, sino de la malasuerte de unos pocos... La componente básica del Ejército es la tropa. Su cantidad determina las dimensiones del Ejército, mientras su calidad condiciona la eficiencia del mismo.

No se puede decir que un ejército grande sea necesariamente ineficaz. Igualmente, decir que un ejército pequeño en cuanto tal es eficaz, tampoco es verdad... Menor cantidad y los mismos cometidos, o bien menor cantidad y menores recursos, nunca llevarán a una mayor calidad».

La conferencia-estudio del General Canino — muy dramática — exegara la disponibilidad norteamericana de efectivos con estas palabras: «En los Estados Unidos las Guardias Nacionales de cada Estado son inmensos depósitos de hombres, médios, y materiales, listos para irse a cualquier sitio... Hay que resistirse a la tentación de considerar a las intervenciones internacionales como la mayor o la única necesidad defensiva... La abolición de la leva no sólo significa pasar de un sistema a otro, sino una pérdida de valor para toda la defensa... Cuando el servicio Defensa está percibido como asunto de gente expresamente pagada, no hay límites para el excepticismo».

Naturalmente que se formula una queja porque «sólo la mitad de los varones sometidos a la quinta entra a filas o cumple un servicio sustitutorio». Exige esta condición legal: «Los jóvenes idóneos tienen que alistarse básicamente para 12 meses... El período de servicio puede transformarse en un año sabático global... una capitalización de cultura no académica sino cívica, a través de una experiencia práctica unificadora. Una salida anual de 10.000 voluntarios, que haya vivido en filas tres años de intensa actividad adiestrativa y operativa, hay que considerarla como una posibilidad de alimentación más que suficiente. La del voluntariado debería resultar la única vía posible para acceder a los cuerpos armados», — se entiende para los cuadros de mando en todos los niveles.

El estilo del texto italiano se va transformando en más y más idealista cada folio:

«El recluta de quinta en particular vuelve a ser el regulador de la cultura militar. El suboficial representa la componente pragmática y técnica de la cultura militar. El oficial es el depositario de la cultura militar en sus aspectos filosóficos, además de los tecnológicos».

Su análisis final sobre alternativas, — muy minucioso — deja las cosas como están. Se quiere para Italia un ejército mixto e se rechazan un ejército de profesionales, un ejército de milicias y un ejército de levas. Lo que hay que

corregir son los errores de funcionamiento. Lo que hay que derribar son los obstáculos que se oponen al prestigio de las instituciones militares en la sociedad moderna.

3. — LAS ACTITUDES INTELECTUALES CARA A LA PROFESIONALIDAD MILITAR

La profesionalidad es una virtud pública característica de nuestro tiempo. Las cátedras españolas de ética no dejan de recordárnoslo en sus libros más premiados y mejor acogidos. Pero Victoria Camps, en un libro de 1990, incluye una originalidad. El libro se titula *Virtudes Públicas* y los cuatro capítulos fundamentales se titulan: «La solidaridad», «La responsabilidad», «La tolerancia» y «La profesionalidad». Ahora bien. «La profesionalidad» viene entre interrogantes.

En la introducción o prólogo lo explica Victoria Camps con estas palabras:

«Los tres capítulos siguientes están dedicados a analizar las que, a mi juicio, deberían ser cualidades básicas del sujejo democrático: la solidaridad, la responsabilidad y la tolerancia. No son por supuesto valores nuevos ni, en general, desentendidos por la ética occidental. Pero no está demás el subrayarlos ni el pensar en ellos desde una perspectiva que no es la de Aristóteles ni la de Kant o la Nietzsche. El quinto capítulo trata de la virtud de la profesionalidad, la única que es de verdad respetada y reconocida en nuestras sociedades... Una virtud válida pero que entraña un evidente riesgo de alienación».

Más adelante, ya en el capítulo *La profesionalidad*, añade, que «nada hay en el libro especialmente interesante salvo esta conexión entre la excelencia — la virtud — y la profesionalidad. El trabajo bien hecho y, sobre todo, exitoso, con marcas externas de prosperidad es el fin de la praxis, la actividad que vale por ella misma».

El riesgo de una profesionalidad alienada, — nótese el uso del tópico marxista — Victoria Camps lo toma de una cita del moralista inglés Locke y de otra más concisa del economista británico Adam Smith en *La riqueza de las naciones*.

«Adam Smith habla con poco entusiasmo de las ocupaciones improductivas, importantes a veces, inútiles y frívolas casi siempre. Son profesiones que valen pouco porque su valor perezca en el mismo momento de su prestación. Eso les ocurre a los "militares, clérigos, abogados, médicos, literatos, cantantes y bailarines».

Victoria Camps, prolonga este pensamiento con una cita de Marx para hacernos ver que «el fin del trabajo alienado representaría la plena dedicación a lo que hoy llamamos ocio, cultivo de los hobbies... Dicho de otra forma, en la sociedad comunista no existiría ni la división del trabajo ni la especialización profesional con todas las miserias que esa departamentalización del conocimiento y del trabajo implica».

Retengamos lo que es esencial para el tema de la profesionalidad en las fuerzas armadas. La profesionalidad, según Victoria Camps, casi nunca es una virtud y en el caso particular de la carrera de las armas, tanto Locke, como antes de él Adam Smith y después Marx, saben que corre el peligro de convertirse en vicio. Es, — digan lo que digan nuestros contemporáneos enamorados de la profesionalidad — una prueba de la crisis del ideal puritano. La ideología puritana era la que había fomentado que el individuo se sintiera llamado a cumplir una vocación, a realzar un oficio. La ideología comunista, en cambio, ha sido la que más radicalmente ha negado, como ideal del hombre, a la moral profesional.

«Lo que se ha producido — parece lamentarlo la catedrática de ética de la Universidad de Barcelona, discípula de José Luis López Aranguren — es la corporatización que consagra la ideología de la profesionalización», — es decir, la hipótesis de Max Weber: «el trabajo no es un castigo ni la prueba del favor divino ni algo que dignifica. Es la ocasión del encumbramiento, el pedestral del éxito y la fuente de riqueza».

Hay, por lo tanto, en el ambiente de los teóricos de la ética, una grave interrogación abierta sobre el tema de la profesionalidad. Pero, — y he aquí lo decisivo — el signo de interrogación o de duda tiende a desaparecer frente al caso concreto de la profesión militar. Aquí, desde el pensamiento más crítico, la cosa está clara. La profesionalidad de los militares rara vez es tratada como virtud. No se desea que esta virtud alcance al soldado — ciudadano — ni se pretende que contagie a los juristas, médicos, intendentes, clérigos, etc... que también profesan en las fuerzas armadas. La voluntariedad de quienes se dirigen hacia la profesión de fe castrense «de por vida», — caso neto el de los aspirantes a ingreso a las Academias Militares — es considerada como excepcional (rara) por los más tolerantes y como negativa (viciosa) por los más intransigentes. Es a la luz de esta consideración como hay que considerar el progreso social del pacifismo, en todas sus versiones, y como hay que analizar las alzas estadísticas en las cifras de desertores, objetantes e insumisos.

La deserción fué un delito duramente reprimido en los ejércitos de la Ilustración; la objeción mereció durante la vigencia social del romanticismo análogo repudio, la insumisión todavía se presenta por los Gobiernos como ilegal e insolidaria; pero ni la deserción, ni la objeción, ni la insumisión son hoy condenadas por lo que les abraza y conviene. El desertor, el objetor y el insumiso son tres grados de distanciamiento respecto a la existencia misma de la profesión militar. Calificarles de insolidarios es desconocer que son unos entusiastas de una nueva y emergente solidaridad. No se excluyen sólo a sí mismos individualmente considerados. De hecho, predicán y proclaman que todos deben ser excluidos. Su objetivo común e inexorable consiste en hacer prácticamente condenable cualquier forma de voluntariedad para el servicio de las armas y sobre todas ellas, la que venimos llamando la *vocación* de los militares.

Lo que estamos recogiendo, — me refiero a la civilización occidental y dentro de ella a su sector mediterráneo — es el resultado (Civil Balance) de una polémica entre dos actitudes intelectuales en pugna en el campo de las ciencias sociales. Hay unas actitudes en juego que recusan el «profesionalismo», — habría que decir la profesionalidad del militar de carrera — cuyos nombres más característicos aparecen en el esquema cuatripartito del cuadro n.º 4 y hay otras actitudes que lo defiende, soportan o toleran, — cuyas figuras más leídas entre nosotros los españoles — se señalan en el cuadro n.º 5. El análisis de los efectos sociales provocados por cada una de ellas no es fácil, porque su técnica de irradiación apenas se materializa en datos cuantificables. Incluso debemos decir que los agentes al servicio de cada una de las ocho actitudes hacia la profesionalidad del militar de carrera no precisan conocer la fuente de donde se nutren sus argumentos porque arracan del fragmento del proceso condenatorio que les resulta suficiente.

En estas reflexiones sobre el grado de profesionalidad de los ejércitos, de las marinas de guerra y de las fuerzas aéreas del inmediato futuro basta decir que los dos conceptos hermanos, — profesionalidad y voluntariedad — están siguiendo las mismas vicisitudes. No conviene, sin embargo, confundir los dos planos del problema verdaderamente dado: el de la profesionalidad del militar de carrera y el de la voluntariedad del soldado en el horizonte de una carrera corta.

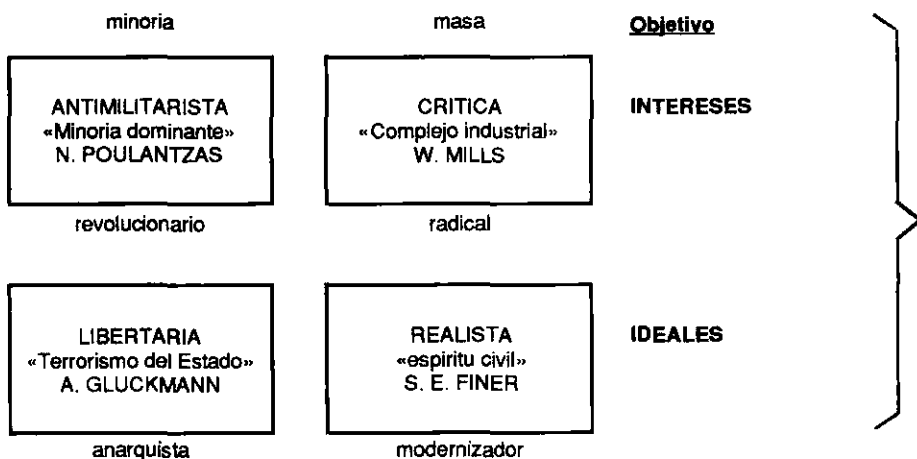
Ninguna de estas reflexiones está orientada hacia lo que tenemos que hacer, — es una cuestión política; tampoco se dirigen hacia un pronóstico sobre lo que va a pasar —, sería una cuestión profética, que les encanta a los medios de

SOCIOLOGIA MILITAR

MODELOS DE INVESTIGACION SOBRE FUERZAS ARMADAS

Con descalificación del profesionalismo militar

Sector Protagonista



Cuadro n.º 4

SOCIOLOGÍA MILITAR

MODELOS DE INVESTIGACION SOBRE FUERZAS ARMADAS

Con aceptación del profesionalismo militar

Sector Protagonista



Cuadro n.º 5

comunicación social. Me he comportado exclusivamente como un hombre que desea conocer, — saber en el sentido más noble de la palabra — el estado de la cuestión. Pero no olvido que realmente, aquí en España, lo que tenemos delante de los ojos es al voluntariado todavía inscrito en el horizonte de la obligatoriedad.

4. — BREVE RESUMEN DEL PANORAMA SOCIOLOGICO

Todos los pacifismos inciden de manera negativa en el tema de la profesionalidad. La razón más profunda les viene de su componente utópica. Conciben una situación futura paradisíaca de donde haya desaparecido la hipótesis de la enemistad, es decir, de la realista dinámica o de la dura dialéctica del amigo y del enemigo. Lejos de admitir que la enemistad acompaña al hombre pegada a él como una lapa, entienden que es fácil despojarle de un vestido que lleva indebidamente puesto (cuadro n.º 6).

El pacifismo contemporáneo tiene cuatro tendencias cuyos cuatro grandes maestros podrían ser, Tolstoi para el pacifismo utópico de quienes retornan al *paraíso perdido*; Ghandi para el pacifismo espiritual de quienes regresan más moderadamente al ámbito de la *no-violencia activa*; Bertrand Russell para el pacifismo pragmático de quienes se abren hacia *un mundo civil* y Noam Chomski para el pacifismo revolucionario de quienes exigen el cambio social a través de la *violencia activa*. Baste decir, en esta oportunidad, que la coincidencia en la desaparición de los ejércitos es absoluta en las cuatro tendencias.

El panorama sociológico, — el de las ciencias sociales de aplicación militar — no se ha instalado en el pacifismo de ninguno de estos cuatro modos sino de otros ocho que nos vamos a permitir clasificar en dos grupos, — el que acepta lo que indebidamente llama «profesionalismo militar» y el que lo rechaza más o menos franca o insidiosamente. Son, respectivamente, los modelos de investigación sobre las fuerzas armadas: *voluntarista* de Carl Schmitt, *idealista* de Raoul Girardet, *organicista* de Samuel P. Huntington y *elitista* de Morris Janowitz para el primero de los grupos y el *crítico* de Wright Mill, el *realista* de Sam E. Finer, el *libertario* de André Gjuckmann y el *antimilitarista* de Nicolai Poulantzas.

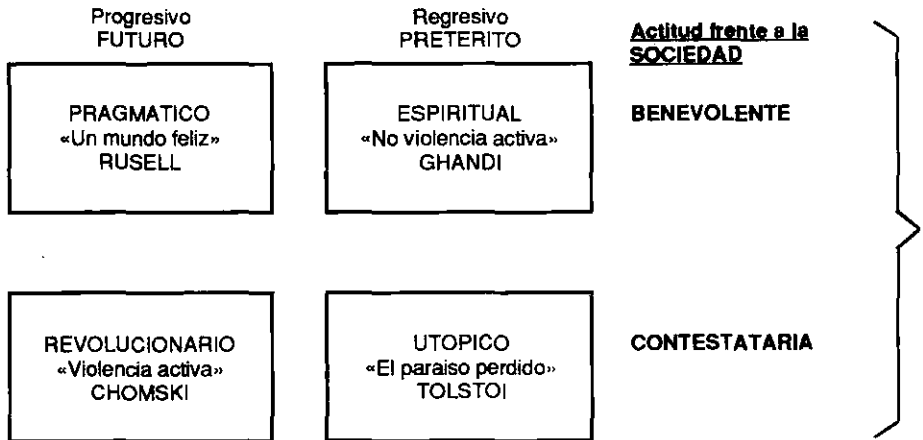
Los cuatro primeros modelos atribuyen el protagonismo en el seno de las fuerzas armadas y fijan el objetivo de la actividad militar de manera diversa según apliquen su mirada, preferentemente, a la minoría o a la masa, a los ideales o a los intereses. Resultan del esquema ordenador de las actitudes hasta

SOCIOLOGIA MILITAR

TEORIA SOBRE LOS REMEDIOS DE LA GUERRA

Tipología del pacifismo contemporaneo

Modelo que se persigue



Cuadro n.º 6

cuatro preferencias, todas ellas a favor de la existencia, presencia y acción de las instituciones militares, dentro de ciertos límites. El jurista alemán Carl Schmitt acepta el *estilo autoritario*, el historiador francés Raoul Girardet el *estilo aristocrático*, el politólogo norteamericano de la Universidad de Chicago, Janowitz, el *liberal*, con fuerte tendencia éste al debilitamiento de la profesionalidad defendida por Huntington.

Los dos últimos modelos llevan más lejos la tendencia meramente ocupacional, — en demérito de la institucional de Girardet y de Schmitt — de la que hace gala, sobre todo, la escuela de Chicago, es decir, la de Morris Janowitz. El *estilo modernizador* del británico Finer, — espíritu civil idealizado — es, en el sociólogo crítico Mills de los Estados Unidos, *estilo radical* a la hora de desacreditar a los militares de carrera como aspirantes a nutrir las élites en el poder. Otra cosa ocurre en las obras incompatibles entre sí del francés, — un filósofo Gluckmann — y del danubiano — un sociólogo — Poulantzas. Aquí la polémica se centra en el postmarxismo. El *estilo anárquico*, apasionado por las libertades, del primero choca visceralmente con el *estilo revolucionario*, apasionado por el poder, del segundo. La nota común a ambas posturas es la obsesión por ver en las fuerzas armadas una minoría implicada hasta los tuétanos en la lucha de clases y siempre al servicio del capitalismo en el poder.

La referencia a las escuelas sociológicas de interés militar merecería mayor extensión y mejores precisiones. Aquí se citan como tendencias muy extendidas por las aulas universitarias de Occidente, — y en particular por el área mediterránea. Solo una de las ocho escuelas, — la idealista o aristocrática de Girardet — nace en el Mediterráneo; pero lo que no se puede desconocer a la hora de analizar los límites de elasticidad del voluntariado en los países del área nord-mediterránea es la incidencia de unas corrientes de opinión que desde luego no tienen entre sus objetivos favorecer la voluntariedad para el servicio de las armas en ninguno de los dos niveles: el de los cuadros de mando y el de las clases de tropa.

INDICE DE GRAFICOS

Cuadro n.º 1 — *Niveles de dedicación profesional*. Tipología del «profesionalismo» militar.

Cuadro n.º 2 — *Estructura de la profesión militar*. Tipología del «sistema» militar.

Cuadro n.º 3 — *Población Cuenca del Mediterráneo*. (1) Millones de habitantes; (2) Orden de importancia; (3) Jóvenes menores de quince años.

Cuadro n.º 4 — *Modelos de investigación sobre Fuerzas Armadas*. Con recusación del «profesionalismo» militar.

Cuadro n.º 5 — *Modelos de investigación sobre Fuerzas Armadas*. Con aceptación del «profesionalismo» militar.

Cuadro n.º 6 — *Teorías sobre los remedios de la guerra*. Tipología del pacifismo contemporáneo.

SEGUNDA PARTE

II — EL VOLUNTARIADO EN EL HORIZONTE DE LA OBLIGATORIEDAD DEL SERVICIO MILITAR

La cuestión del servicio militar en España sigue centrada, donde siempre estuvo desde la irrupción en nuestro pensamiento político del jacobinismo francés: en el principio de *la obligatoriedad*. Lo único que cabe registrar como nuevo es un conato, quizás más enérgico que los anteriores, a favor de la inclusión del voluntariado en el horizonte de aquel principio heredado de la Revolución de 1789.

No es que las estructuras del poder político anteriores a la última década del siglo XVIII carecieran de capacidad para la recluta obligatoria de soldados y marineros. Los soberanos de la Ilustración, — muy destacado entre ellos Federico el Grande — alcanzaron a tener en toda Europa una impresionante habilidad para este objeto, que en absoluto estuvo al alcance de los príncipes del Renacimiento. Con incentivos económicos o sin ellos, con legitimaciones morales o por pura necesidad, todos los regímenes políticos de la historia han sabido ingeniárselas para nutrir las filas de las armadas y de los ejércitos con gentes de mar y de tierra a las que en absoluto conviene considerar voluntarias.

Lo novedoso de la revolución jacobina estuvo en que la obligatoriedad se hizo general y hasta universal para todos los jóvenes, en aras de una virtud que los revolucionarios tomaron de la antigüedad clásica: el patriotismo. Y junto a la obligatoriedad por razones patrióticas, irrumpió la norma de la gratuidad, — entiéndase de la gratuidad en beneficio de la República recién fundada. El cambio no fue formalizado, como antaño en las Monarquías, con la firma de una previa capitulación de quiénes resultaron atraídos o atrapados, por la recepción

de una paga o soldada, sino por la fuerza de la ley. De los ejércitos y de las marinas de guerra desaparecieron los capitanes autorizados por la voluntad del rey para nutrir las compañías, en general, de pobres campesinos cuando no de vagos y maleantes.

Hoy sabemos que la verdadera finalidad de las leyes de reclutamiento más celebradas por los historiadores, las que se atribuyen al mariscal Jourdan, en su día impresionado por el éxito de la jornada de Valmy (1762), radicaba en la defensa, no de una patria en peligro, sino de una revolución en concreto. La observación vale tanto cuando se contemplan los intereses de una clase, la burguesía, como si se pone la atención en los ideales de una ciudadanía media. Es evidente que la insistencia en la obligatoriedad del servicio de armas está histórica y sociológicamente vinculada al espíritu de la Revolución Francesa.

Quien dice defensa de una revolución puede decir también, por analogía, defensa de una contrarrevolución. Y esta segunda observación es válida — y lo ha sido con particular rigor en la Europa entre las dos guerras (1918-1939) — por mas que alguna de las contrarrevoluciones haya logrado ser en sus ideas y en sus creencias lo contrario de una revolución. El servicio militar, aquí y ahora, tiende a ser obligatorio exactamente en los territorios agitados por el vaivén ideológico revolución-reacción. Los ejércitos y las armadas que, audazmente, renunciaron a la obligatoriedad para la captación de sus tropas, pertenecen a naciones que han eludido (o superado) el juego inventado (y practicado) por los jacobinismos de cuño francés, exactamente desde hace dos siglos.

1. — DOS HORIZONTES: LA OBLIGATORIEDAD Y LA PROFESIONALIDAD

En el pensamiento jacobino la obligatoriedad para el servicio de armas se vincula estrechamente con la abolición de la profesionalidad, precisamente en los cuadros de mando. El llamado *sistema de milicias* consiste en la simultanea condena del soldado profesional y del militar profesional y en la sucesiva desaparición, primero del soldado veterano y después del hombre de condición militar. Al ardor guerrero, fruto de la vocación castrense, opone el entusiasmo patriótico, nacido en brazos del amor a la sociedad civil. En el horizonte miliciano de la obligatoriedad del servicio, no hay lugar para el voluntariado. La retórica jacobina partía del presupuesto de que todos eran voluntarios o debían serlo forzosamente.

En el pensamiento verdaderamente moderno, — nunca he creído que el jacobinismo fuera moderno, ni siquiera en 1789 — lo que avanza es la profesionalidad, dentro y fuera de las Fuerzas Armadas. La profesionalidad se alcanza por una delicada convergencia de elementos vocacionales y de prácticas razonables. Sólo la vocación y la dedicación engendran profesionalidad u oficio. De aquí que la profesionalidad sea más fácil de vivir por los cuadros de oficiales que por las clases de tropa. La apelación a las expresiones «soldado profesional» y «ejército profesional» indican que se considera oportuno sustituir el viejo horizonte de la obligatoriedad por el nuevo horizonte de la profesionalidad. Este es el problema que se nos ha venido encima al instante mismo en que las gentes de Europa confiesan estar soñando con una sociedad sin guerras.

En los ejércitos modernos ha sido el militar graduado, — su símbolo público es la ceremonia de entrega de despachos — el llamado a ejercer la profesionalidad y no el soldado de filas, por competente que alcance a ser en un cometido concreto. El utópico deseo de plena profesionalidad para las Unidades militares, incluye la noción de vida útil en su totalidad. El profesional de las armas lo quiere ser para toda la vida. Le duele en el alma la anticipación de su retiro, al que nunca llamará jubilación.

Entre el horizonte jacobino de la obligatoriedad y el horizonte moderno de la profesionalidad flota hoy, como realidad viva, el fenómeno del voluntariado. El voluntariado, el verdadero voluntariado, el que convive con la ausencia social de voluntariedad, se nos ha hecho viable tanto en el horizonte de la obligatoriedad como en el de la profesionalidad. Se fomenta el voluntariado en la legislación más reciente sobre el servicio militar de los pueblos del área nord-mediterránea y se practica el voluntariado tras las disposiciones de los gobiernos del área nord-atlántica; y es que durante el siglo XX ha cuajado el invento del voluntariado, unas veces, las más, en el horizonte de la obligatoriedad y otras, las menos, fuera de este horizonte. El llamado *sistema mixto* de reclutamiento de la vieja Europa, responde al primer modelo; el *ejército «todo voluntario»* de los Estados Unidos de América, al segundo.

La retórica social al uso sigue pensando de quien es voluntario como un híbrido entre el *recluta forzoso*, que sirve por patriotismo y el *soldado profesional*, que sirve por egoísmo, cuando no arrastrado por un temperamento afín al de los belicosos mercenarios. Esta retórica, como la de Robespierre y Sait Junt, sólo es capaz de concebir al altruismo en el regazo de la obligatoriedad, lo que resulta ser radicalmente insuficiente y despreciativo para la naturaleza del hombre.

Otra retórica, más propia de los miembros permanentes de las Fuerzas Armadas, invierte el argumento, mide la temperatura patriótica por los grados de voluntariedad mostrados, sin coacción legal, en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga. Esta retórica contempla los servicios sustitutorios del de las armas como radicalmente deficitarios en lo esencial, el riesgo de perecer, cara a cara frente a otros hombres armados.

Una tercera retórica, la pacifista, sitúa el termómetro de lo meritorio en la objeción de conciencia, tanto más encomiable cuanto más hiera la postura profesional. Lo que verdaderamente condena y proscribe el pacifista no es la obligación legal de prepararse para la guerra, que afecta al recluta forzoso, su posible cómplice, sino la voluntariedad de por vida, que conduce a unos pocos al puerto de la profesionalidad en el ámbito de la defensa. Un igualitarismo, — todos al servicio de la defensa — es desplazado por otro igualitarismo, — nadie al servicio de la defensa —, si bien, para la satisfacción del mismo fin: la abolición de la profesionalidad.

Las tres retóricas toman postura frente a las fórmulas vigentes para la prestación del servicio militar con carácter obligatorio, pero también lo hacen frente al fenómeno del voluntariado. El centro de la polémica sigue localizado donde siempre estuvo, en la obligatoriedad. Cabe en nuestro contorno fijar la mirada en el *horizonte de la obligatoriedad*, sin abandonar los recelos hacia el voluntariado propios del jacobinismo. Pero también cabe hacerlo renunciando a ellos decididamente, quizás pero no necesariamente, como pazo previo para poner los ojos en el *horizonte de la profesionalidad*. Finalmente cabe la enemiga, simultánea o sucesiva, respecto a los dos horizontes, que es lo propio de todos los pacifismo en auge.

2. — UNA ESTRATEGIA EN CURSO PARA ABOLICIÓN DEL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO

El servicio militar obligatorio en España ha funcionado últimamente como un deber moral. Venía siendo, desde que lo propugnó Canalejas, precisamente en las vísperas de su muerte (1912), una prestación que debía aceptarse sin generales protestas y tanto más serenamente cuanto más se progresaba en la eliminación de los privilegios y de las tolerancias. Requería unos sacrificios, en la mayor parte de los casos, moderadamente peligrosos. Y así, en el último

medio siglo, una docena de millones de españoles han venido cumpliendo su servicio por recluta obligatoria distanciados casi absolutamente de la experiencia bélica más elemental, que es de la del combate. Muy pocos recibieron la orden de hacer uso de las armas contra enemigos armados. La carencia de la experiencia del combate ha alcanzado, casi en la misma proporción, a los cuadros de mando actualmente en actividad.

El servicio se recuerda, mejor que como *un honor* o *un derecho* — tales son las expresiones que más abundan en los preámbulos de las leyes como *un sacrificio* no extento de méritos que, no obstante, se podría realizar de manera más cómoda. Los soldados europeos que combatieron en las dos guerras mundiales y, sobre todo, los norteamericanos que lucharon en la segunda de las post-guerras, conservan unos recuerdos harto diferentes a los de los españoles tras las consecuencias reales de su recluta o movilización por la fuerza de las leyes.

La estrategia en curso para la abolición de la obligatoriedad del servicio combina nerviosamente dos modalidades de actuación. Unas veces realza el número de víctimas de la guerra y otras enfatiza la noción de tiempo perdido. En ambas modalidades, aparentemente, se sugiere una deseable analogía del futuro soldado con la figura admirable del donante voluntario de sangre. «No se debería convertir en obligatoria una prestación noble y generosa a la que se le quita grandeza retribuyéndola con dinero», — se dice con disimulada intención abolicionista.

La fórmula tradicional del juramento ante la Bandera de España, ha preparado esta sutil analogía que evoca también el derramamiento, «si fuera preciso, de la última gota de nuestra sangre». La gente desea que haya donantes voluntarios, pero sólo si la sangre es precisa. La gente confía en que, siendo baja la necesidad, sean suficientes los donantes voluntarios. Pero no excluye en su seno una inversión del calificativo de la donación: la bondad inequívoca del donante de sangre para hospitales se transforma en maldad manifiesta del otro tipo de derramamiento, el del combate.

Y es que ya no se trata, como en la época jacobina, de la supervivencia de una revolución, sino del incremento del bienestar social al que ningún enemigo armado debería oponerse. El bienestar, más que defendido por todos, debe ser disfrutado por los más. Lo razonable, en los periodos de transición hacia la sociedad sin guerras, — se nos dice — es la moderada dignificación del oficio del soldado y el temporal agradecimiento hacia aquellos que todavía asumen,

generosamente, el sacrificio de permanecer disponibles para el empleo de las armas. De la actitud inicial igualitaria — si hay que sacrificarse, que se sacrifiquen todos — se pasa a una postura realista — que se sacrifiquen sólo los que así lo deseen. Sólo para prevenir una insuficiencia de voluntarios se preparan incentivos económicos de alguna significación. También los hombres de la defensa no obligados a ella, podrían pensar en su bienestar y deberían perder su obsesión por el sacrificio.

La estrategia en curso para la abolición de la obligatoriedad del servicio incluye, pues, como presupuesto, la transferencia de la pretendida exclusión de los sacrificios desde la sociedad civil al sector militar de la sociedad. En esta perspectiva la profesión de las armas ya no será el verdadero objetivo del voluntariado. Este prepara, ante todo, la siembra de una oportunidad a favor de la eliminación de la obligatoriedad.

3. — EL LÍMITE DE ELASTICIDAD DE LAS CIFRAS DEL VOLUNTARIADO

La historia de la normativa española sobre los sistemas de reclutamiento y sobre las formas de prestación del servicio ha desembocado ya en una política que inscribe, decididamente, al voluntariado en el *horizonte de la obligatoriedad* y que obtura, moderadamente, para este mismo voluntariado el *horizonte de la profesionalidad*. Se tiene la seguridad de que, fuera del horizonte de la obligación legal, de ningún modo se verá alcanzado un número suficiente de voluntarios. Se piensa, además, que no es posible en términos económicos, la apertura del voluntariado hacia la profesionalización de por vida, que es la auténtica profesionalización.

Las previsiones sobre el caudal de voluntarios por quinta y año de nacimiento están enmarcadas en una exigencia — la disponibilidad para España de unos efectivos en torno a los 200.000 hombres y en una limitación — la fijación de un tope para el tiempo máximo de permanencia en filas del voluntario. La cifra de 200.000 hombres puede presentarse como el resultado de un análisis del problema militar de la defensa o como el balance medio de unas disponibilidades demográficas. Yo creo que es más sincera la reflexión cuando se apoya en lo menos dócil al riesgo de subjetividad, que son las cifras de población.

En 1972 nacieron en España 665.569 niños, de los cuales fueron varones 342.254. Cumplieron 19 años en 1991, — es decir, acaban de cumplirlos 334.290. Las exenciones y exclusiones previstas en la ley, totales o temporales, alcanzan, aquí y ahora, nada menos que 120.344. Quedan en condiciones de ser destinados 213.945, de los que es fácil suponer que el 15% serán bajas justificadas (32.092) antes de que culmine el proceso reglamentario de la asignación a Unidades de destino de los 181.853, reclutas verdaderamente disponibles.

Si estos 181.853 reclutas sirven nueve meses, a los 200.000 soldados o marineros en filas se llegará merced al incremento del voluntariado. Existía la costumbre de calificar de *voluntario normal*, al elector de plaza y cuerpo que se comprometía a servir de diez y ocho a veinte meses y de *voluntario especial* al que, compensado con un sueldo, firmaba de tres a cuatro años de compromiso. Consiguientemente, el apoyo al voluntariado habrá de ser directamente proporcional al número de meses que le faltan al recluta ordinario para cumplir el año de servicio (actualmente, tres) y al número de reclutas disponibles por quinta que faltan para alcanzar la cifra de 200.000 (actualmente, unos 20.000).

Las previsiones para el año 2001, — dejando estabilizada la pretensión de efectivos en 200.000 y no alterándose ni la duración del servicio ordinario de nueve meses ni el porcentaje actual de exenciones, exclusiones y objeciones — arrojan este balance para los 515.706 nacidos vivos:

- Habrá 268.639 varones capaces de cumplir 19 años de edad.
- Serán destinables, pero no destinados, 173.889, tras deducir 97.813 por exenciones y exclusiones de un total de 271.702 nacidos en 1982.
- Quedarán 147.806 verdaderamente disponibles para las Unidades, tras restar el 15% habitual, en este caso, 26.083 bajas.

El cálculo, todavía aleatorio, que partiera de los nacidos en 1991, — 200.000 niños varones — dejaría disponibles en el año 2010 algo más de 100.000 mozos. El límite máximo de elasticidad del sistema dependiente de un «voluntariado inscrito en el horizonte de la obligatoriedad», aún queda más bajo si se considera la variable «objeción de conciencia» cuyas solicitudes ante el correspondiente Consejo Nacional han pasado en los últimos cinco años registrados de ser 6407 en 1986 a 27.398 en 1990.

4. — EL VOLUNTARIADO EN EL HORIZONTE DE LA PROFESIONALIDAD

La fórmula — *ejército todo voluntarios* — de la actualidad anglosajona supone, en principio, una reducción importante del concepto mismo de efectivos necesarios y una ampliación de los límites de la permanencia en filas del voluntario que no se convierte en auténtico profesional. Es utópico pensar que los voluntarios cubran el mismo número de plazas en filas que la recluta obligatoria de los ejércitos de masas de la nación en armas de los jacobinos, pero es viable esperar que toleren más de cuatro años de servicio como media.

El coeficiente de profesionalidad — un concepto únicamente válido en el horizonte de la obligatoriedad — expresa la proporción entre voluntarios y forzosos que vienen alcanzando los ejércitos de toda Europa en sus cifras de oficiales, suboficiales y tropa. En España no hemos logrado que sea voluntario uno de cada cinco soldados, aunque en los ejércitos de la OTAN se ha pasado de esta proporción, notoriamente, hasta doblarla en Alemania. Lo decisivo, en términos generales, es saber, cuantas naciones podrían obtener lo que alcanzan los Estados Unidos de América, sin contar a las mujeres, — que uno de cada diez jóvenes útiles para el servicio, sirva con carácter voluntario una media de 4 años, aún a sabiendas de que sólo el 15% de ellos llegará a profesionalizarse por un tiempo suficiente.

Estos porcentajes, aplicados a la España de 1991, engendrarían un máximo de efectivos anuales próximo a los 120.000 voluntarios en filas. Es el resultado de multiplicar por 4 los 30.000 voluntarios anuales que tendría que ofrecer cada quinta. La tendencia demográfica hacía decrecer en 20.000 estos efectivos en el primer año del próximo milenio. El complemento de este modelo vendría dado por el límite tolerable de profesionalización auténtica por año, que evidentemente, debería quedar por debajo de los 4.500 españoles, para no provocar una hipertrofia en los cuadros de mando y de especialistas de nuestros tres ejércitos.

Lo paradójico del caso radica en que los problemas del voluntariado en el *horizonte de la obligatoriedad* del servicio son paralelos en todo a los problemas del mismo en el *horizonte de la profesionalidad*. La solución pasa, en ambos casos, por el cuidado de la disponibilidad social tanto para ofrecerse al ámbito de la defensa como para el acogimiento, posterior, de los que generosamente se ofrecieron a los ejércitos, en la misma sociedad.

La alternativa viene a ser ésta: o unas fuerzas armadas de 200.000 hombres en filas a base de la recluta ordinaria, complementada con unos 20.000 voluntarios

anuales o unas fuerzas armadas «todos voluntarios» a base de 30.000 voluntarios por año, que quedarían próximas a los 120.000 hombres en filas. En esto se nos convierte la operación de un cambio de horizonte, que vaya desde la obligatoriedad hacia la profesionalidad.

Cádiz, Maio de 1992

Miguel Alonso Baquer

General Secretario Permanente

Instituto Español de Estudios Estratégicos